

La Resurrección: Gozo y amenaza

Dr. Justo L. González



Un servicio de capilla
Pacific Lutheran School of Theology
Berkeley, California
27 de abril

La Resurrección: Gozo y amenaza

Mateo 28.9-15a (RVR1960)

He aquí, Jesús les salió al encuentro, diciendo: ¡Salve! Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron. Entonces Jesús les dijo: 'No temáis; id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán'.

Mientras ellas iban, he aquí unos de la guardia fueron a la ciudad, y dieron aviso a los principales sacerdotes de todas las cosas que habían acontecido. Y reunidos con los ancianos, y habido consejo, dieron mucho dinero a los soldados, diciendo: Decid vosotros: 'Sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros dormidos'. Y si esto lo oyere el gobernador, nosotros le persuadiremos, y os pondremos a salvo. Y ellos, tomando el dinero, hicieron como se les había instruido.

El domingo inmediatamente después del Día de Resurrección el ambiente parece haber cambiado. Quienes antes hicieron un esfuerzo por celebrar debidamente la resurrección de Jesús ahora parecen haber olvidado, o al menos opacada, lo que celebramos hace una semana. Tanto es así, que en inglés algunos lo llaman “Low Sunday” (el domingo bajo, o el domingo del bache). Hay buenas razones para ello. Es un bache porque la asistencia suele disminuir drásticamente después del punto culminante del Domingo de Pascua. Y también es como un bache porque, tras la euforia de la Pascua, comenzamos a volver a la rutina, a la no tan luminosa cotidianidad de la vida diaria. Es casi como si, después de toda la celebración, Jesús en realidad no hubiera resucitado.

El texto del Evangelio para este próximo domingo también contrasta los puntos más altos y más bajos de la Pascua.

Por un lado, está la noticia gozosa de la resurrección: «Jesús les salió al encuentro, diciendo: ¡Salve! Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron».

Y, por otro lado, está el obstinado intento de ocultar la verdad de la resurrección: «Decid vosotros: 'Sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros dormidos'».

Nos gustaría pensar que, entre estas dos opciones, siempre elegimos la primera. Y, de hecho, esto es cierto en la medida en que confesamos: «El Señor ha resucitado! ¡En verdad resucitó!»

Y, sin embargo, también existe un lado oculto en nosotros, a menudo no reconocido, que quisiera negar la resurrección. Porque la resurrección no es solo una palabra de alegría; también es un desafío y una amenaza para nuestra forma habitual y cotidiana de vivir.

Esto bien pudo haber sido así incluso para aquellos primeros discípulos que lo vieron en la carne después de haber resucitado. Después de la montaña rusa que fue su vida con Jesús, finalmente habían llegado a la crucifixión y al entierro. Ahora era momento de volver a casa. De regreso a la pesca. De regreso a la barca y sus redes. De regreso a la mesa de los impuestos. De regreso a Galilea. De regreso a la familia. De regreso a la rutina predecible.

Y ahora, de repente, Jesús se les aparece y les dice: «¡Salve!».

¡El Señor ha resucitado! ¡Qué alegría! Pero este es el Señor que también les prometió una cruz como la suya. Este es el Señor a quien no se puede seguir sin cargar la cruz. Ahora no pueden simplemente regresar a Galilea, a la familia, a las redes de pesca, ni contar historias sobre cómo fue seguir a Jesús. ¡Ahora deben seguirlo hasta la cruz! Bien podemos imaginar que, así como se alegraban, también estaban, como diría la poetisa guatemalteca Julia Esquivel, «amenazados de resurrección».

De manera diferente, los sumos sacerdotes y otros líderes religiosos también se sentían amenazados por la resurrección. Les amenazaba una resurrección que demostraría que la piedra que ellos, los constructores, habían rechazado, se había convertido efectivamente en la piedra angular. Y así, intentan ocultar la resurrección.

Hoy, cuando las celebraciones de la Pascua pasan a ser parte del pasado y se acerca el “bache” de este otro domingo, debemos confesar que nosotros también—al mismo tiempo en que nos alegramos y confesamos que el Señor ha resucitado—nos sentimos amenazados por la resurrección.

¡El Señor ha resucitado! ¡En verdad resucitó! Esto significa que el llamado a tomar la cruz y seguirlo es tan válido y tan inevitable como lo fue cuando caminaba entre sus discípulos.

¡El Señor ha resucitado! ¡En verdad resucitó! Esto significa que la vida no puede continuar como antes, que no podemos regresar a nuestras propias Galileas, a las redes que hayamos dejado atrás.

¡El Señor ha resucitado! ¡En verdad resucitó! Esto significa que lo que normalmente veríamos como signos de éxito—nuestras redes llenas de peces—ya no lo serán; que a partir de ahora debemos medir nuestra vida según otros criterios.

¡Todo sería tan sencillo si Jesús no hubiera sido más que un narrador de bellas parábolas, si solo hubiera sido un maestro de nobles ideales, si solo hubiera sido uno más de tantos que han sido asesinados por su idealismo, por su oposición al orden establecido, por el temor de los que detentan el poder!

Pero no. ¡El Señor ha resucitado! ¡En verdad resucitó! Y así, el llamado sigue siendo el mismo: “Tome su cruz, y sígame”. La promesa también sigue vigente: “En el mundo tendréis aflicción”. Y la advertencia continúa: “No temáis a los que matan el cuerpo, más el alma no pueden matar”. De este modo, nosotros también, al igual que la poeta guatemalteca e incluso los sumos sacerdotes de antaño, nos sentimos amenazados por la resurrección. Por eso, nos acomodamos al “domingo del bache” ni a los muchos baches que le seguirán.

De manera significativa, en el pasaje que se ha leído hay otro contraste entre los discípulos que encuentran a Jesús y los sumos sacerdotes que intentan negar su resurrección. Para los sumos sacerdotes, la prueba que debe ser negada es la tumba vacía, la ausencia del cuerpo. Para los discípulos, la prueba que no puede ser negada es la presencia del Señor vivo, la presencia de su cuerpo.

No es la tumba vacía lo que impulsa a los discípulos a dar testimonio, a la obediencia e incluso a la muerte. Es la presencia del Señor vivo, la resurrección del Crucificado, lo que los lleva a tomar su cruz con la esperanza y la certeza de su propia resurrección.

Y, así como lo fue para aquellos primeros discípulos, también lo es para nosotros hoy. La nuestra es fe en el Señor presente. La nuestra es una fe que se confirma, no por una tumba vacía de hace mucho tiempo, sino por una presencia aquí, hoy, ahora, en esta mesa de la comunión. La nuestra es una fe que se nutre de esa presencia. Y, porque Él está presente y su presencia nos alimenta, aunque sea el “domingo del bache”, siempre podemos decir — y decir con temor y respeto, pero también con confianza y alegría—que ¡El Señor ha resucitado! ¡En verdad resucitó! ¡RESUCITÓ!